

El Frente Revolucionario Democrático (FRD) y el *Cuba Project*, 1960-1961

José Manuel Hernández

ME INCORPORÉ AL EXILIO EN MIAMI —¿CÓMO OLVIDARLO?— EL 1.º DE JULIO de 1960, respondiendo al llamado de Manuel Artime, secretario general del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), una de las cinco organizaciones que inicialmente constituyeron el Frente Revolucionario Democrático (FRD). Artime solicitó mi presencia para que representara al MRR en la Comisión Planificadora del FRD. Esto ocupó la mayor parte de mi tiempo durante mis primeros meses de exilio. Más adelante, cuando Artime fue a los campamentos de Guatemala para unirse a lo que después sería la Brigada 2506, lo sustituí como secretario general del movimiento. En tal condición, asistí a las reuniones del Comité Ejecutivo del FRD y traté esporádicamente con Howard Hunt, designado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para ser «guía, consejero y *amicus curiae*» del FRD. Mi conocimiento de la organización, pues, no es ni libresco ni de segunda mano.

LAS EDADES DEL FRD

En el principio fue el *Cuba Project*, como llamaban los agentes de la CIA al «Programa de acción encubierta contra el régimen de Castro», aprobado por el presidente Dwight Eisenhower el 17 de marzo de 1960. Consistía en cuatro puntos, y el primero planteaba la necesidad de crear fuera de Cuba «una oposición a Castro unida y responsable». Esta parte del programa fue realizada, más o menos, dos meses después como resultado de una serie de conversaciones que tuvieron lugar en Nueva York, entre los representantes de la CIA y un grupo escogido —por los norteamericanos— de líderes anticas-tristas. Éste fue el origen del FRD —el nombre sí lo escogieron los cubanos—, criatura, como se ve, de la política de Estados Unidos.

El acontecimiento no es como para enorgullecerse, mas debe mencionarse porque es la clave para entender mucho de lo que sucedió posteriormente. Es lo que explica, por ejemplo, que tres políticos cubanos de renombre se asociaran, en un plano de igualdad, con dos dirigentes jóvenes prácticamente desconocidos en el ámbito nacional, que sólo habían empezado a alcanzar

cierta notoriedad como consecuencia de declaraciones y gestos audaces, en el convulso y peligroso ambiente de la Cuba de 1959, cuando el Gobierno castrista recurrió al terror revolucionario para abrirse paso hacia el poder absoluto.

Sin la presión norteamericana es poco probable que, dadas sus aspiraciones encontradas —evidenciadas muy poco después—, los políticos veteranos que integraron el FRD se hubieran unido de manera tan expedita. Menos probable aún es que hubieran consentido en aceptar como aliados de igual peso y categoría a los nuevos líderes. Gastados por casi tres décadas de continua brega en el escenario político nacional, sus seguidores no eran excesivamente numerosos —en un caso, según Hunt, no iban más allá de la parentela del prócer—; seguramente, tenían el arrastre y la capacidad de convocatoria de los jóvenes.

Uno de ellos, José Ignacio Rasco, presidente del Movimiento Demócrata Cristiano (MDC), podía alardear, con todo derecho, de que su organización había sido la primera que había osado manifestarse públicamente contra Castro en Cuba. El otro era Artime. El MRR era la más potente de las organizaciones anticastristas, y la más beligerante. Contaba en sus filas con miembros del 26 de Julio, oficiales del Ejército Rebelde y miembros de la Policía Nacional Revolucionaria. Sus hombres fueron los primeros en presentarse como voluntarios en los campamentos (el primero fue Carlos Rodríguez Santana, el 2506 de la Brigada), y descollaron por su valor y su entereza en la clandestinidad bajo la jefatura de Rogelio González Corzo, el legendario «Francisco».

¿UN MINISTERIO EN MIAMI?

Apenas había dado comienzo a mis labores en la Planificadora, y ya algunos exiliados mal pensados me habían susurrado, con el tono confidencial de los *insiders*, que el FRD no era más que un ministerio como los de Cuba, con «botellas» y todo, creado por los gringos para mantener quietos a los cubanos revoltosos. Y, en efecto, era esa la impresión que recibía el que visitaba las oficinas del FRD, instaladas en una casona de buen aspecto situada en Biscayne Boulevard y la calle 17 del noreste de la ciudad. Ciertamente, allí no se veía nada que sugiriera que se estaba configurando una empresa bélica de envergadura. Al que preguntaba, si era de confianza, se le informaba, sin embargo, en voz baja —para que no lo fueran a oír los espías de Fidel—, que existía un estado mayor, donde ex oficiales del Ejército Cubano trabajaban asiduamente preparando planes militares. Pero nadie sabía decir a ciencia cierta por qué la cabeza estaba en Miami y el cuerpo en Guatemala, sin un cordón umbilical que los uniera.

Poco a poco, sin embargo, los más avisados intuían que la tarea de defenestrar a Castro era considerada «*too important to be left to Cuban generals*», como escribió Hunt años después¹. En realidad, la finalidad del FRD nunca fue militar, sino política. Pero, aun funcionando dentro de este esquema, se suponía que sus ejecutivos ejercieran cierta autoridad sobre el

conjunto de las operaciones que se preparaban en su nombre, y que, al menos, estuvieran al tanto de lo que sucedía e iba a suceder. Era lo que correspondía a, dijérase lo que se dijera, un gobierno en el exilio destinado a convertirse en Gobierno provisional, tan pronto Cuba quedara limpia de la ganga castrista. Mas, a medida que la fase militar del *Cuba Project* fue cobrando forma y sustancia, fue ganando autonomía, hasta que llegó un momento en que los ejecutivos del FRD ni siquiera podían visitar los campamentos de Guatemala. ¿Cuál era, pues, la razón de ser del organismo que encabezaban, si es que tenía alguna?

La tenía. Ante todo, cumplía la función —al menos en la mente de los agentes y burócratas estadounidenses— de encubrir el carácter esencialmente norteamericano de la empresa. Es decir, daba a Estados Unidos la base para negar plausiblemente que estaba involucrado en ella, el «*plausible deniability*» (negación plausible) de la jerga washingtoniana. Pero también servía otros propósitos. Dados los antecedentes políticos de sus ejecutivos —viejos y jóvenes—, proyectaba una imagen fundamentalmente antibatistiana. Podía haber algunos batistianos reciclados en los campamentos, tolerados por su experiencia militar, mas en los cuadros dirigentes no había ninguno. Estaba claro, por tanto, que lo que se pretendía no era volver al pasado, sino crear un futuro distinto y mejor. Lo que se proponía, sobre todo, la nueva generación, era echar los cimientos de una patria nueva, la «Cuba soñada», «sin más garras internas ni extrañas, con justicia social, con amor», perfilada en el belicoso himno del MRR.

EL PERFIL DE LA PATRIA NUEVA

Precisamente, la misión de la Planificadora de que formé parte, era articular en fórmulas legales el proceso de la transición del castrismo a la «Cuba soñada». Que yo sepa, con excepción de lo que dice Néstor Carbonell en su libro *And the Russians Stayed*, hasta ahora se ha escrito poco o nada sobre los trabajos de la Comisión. Es un lamentable olvido histórico. Porque en su seno, políticos, revolucionarios, profesores, jueces, abogados, empresarios y dirigentes obreros debatieron una serie de cuestiones trascendentales para la configuración de una república «con todos y para el bien de todos».

Las discusiones siempre tuvieron lugar en el contexto jurídico de la Constitución de 1940. No sólo porque constituía la legalidad, interrumpida por las sucesivas dictaduras de Batista y de Castro, sino por su carácter progresista y hasta socializante. Pero en su texto había errores técnicos y contradicciones que hacían imposible reformas que en aquel momento se consideraban imperativas, como la reforma agraria. Mientras un artículo, por ejemplo, proscribía el latifundio, otro estipulaba que nadie podría ser privado de su propiedad sin el pago previo de la correspondiente indemnización en efectivo. Esto, desde luego, impedía llevar a cabo ningún proyecto de distribución de tierras a los campesinos, porque el Estado cubano jamás tendría los fondos necesarios para financiarlo.

Los representantes del MRR en la Comisión, con el respaldo de los del MDC, hallaron, sin embargo, el modo de darle la vuelta al problema. Presentaron un proyecto de ley, por virtud del cual se establecía un impuesto —moderado— sobre el valor de las fincas rústicas, que los propietarios podían declarar a su arbitrio, sin limitación alguna. Pero el Estado cubano se reservaba el derecho de expropiar las fincas por su valor declarado, usando para ello los productos del impuesto establecido. Los latifundistas, por tanto, o contribuían a la reforma agraria con su dinero o con sus latifundios. No tenían escape. De haber entrado en vigor este proyecto en Cuba, el lastre que representaba para la economía el acaparamiento de tierras sin cultivar hubiera quedado resuelto en un período de tiempo relativamente corto.

LAS CRISIS DEL FRD

Durante este período, el FRD se fortaleció con la incorporación del Directorio Revolucionario Estudiantil y del Frente Obrero Revolucionario Democrático. Pero, en realidad, nunca pudo superar las tensiones creadas por las ambiciones de sus elementos veteranos. Uno se separó airadamente de la organización porque sus colegas le negaron los votos necesarios para ser electo coordinador, posición considerada como la antesala de la presidencia provisional de la República. Otro se rasgó las vestiduras cuando sus planes se vieron frustrados por la afluencia a los campamentos de los partidarios de Artime, y por las facilidades que se le dieron a éste para luchar junto a ellos cuando llegara el momento. Obviamente, en estas condiciones el FRD no podía, ni siquiera, desempeñar eficazmente la función de abastecer de armas y pertrechos a los que luchaban en Cuba bajo la siniestra amenaza del paredón. Por ese motivo fue objeto de fuertes críticas. «Francisco» se vio obligado a viajar clandestinamente al exterior varias veces para desenredar lo que él llamaba «los rollos de Miami».

Llegó un momento, entre enero y febrero de 1961, cuando las pugnas internas del FRD desembocaron en una crisis ominosa. El 18 de enero tuvo lugar en los campamentos una rebelión, que algunos —los periodistas Tad Szulc y Karl E. Meyer en su precipitada obra *The Cuban Invasion*— denominaron golpe de Estado, para poner de manifiesto la inconformidad de los brigadistas con la politiquería de Miami. Y diez días más tarde, el 28, los ejecutivos más jóvenes del FRD se unieron, e hicieron —un tanto inconsideradamente, preciso es reconocerlo— un planteamiento público denunciando la inoperancia de la organización y los métodos arbitrarios empleados para gobernarla. Casi simultáneamente, las guerrillas que peleaban en el Escambray empezaron a desintegrarse y aquellos de sus dirigentes que quedaron con vida buscaron refugio en Miami, víctimas de la falta de coordinación entre sus fuerzas y los aviones portadores de material bélico.

Como resultado de estos acontecimientos, el Estado Mayor del FRD pasó a mejor vida. Pero lo peor fue el desprestigio en que cayó la organización. En Cuba, revolucionarios como «Francisco», que se jugaban la vida casi a

diario, empezaron a preguntarse «cuál debía ser la conducta a seguir» ante lo ocurrido. «Cada vez que uno va a Estados Unidos y ve a la gente del FRD viene envenenado para acá», escribió en otra carta. Y agregó: «Creo que lo que más nos ha perjudicado a nosotros es pertenecer a esa organización corrompida por la politiquería y los intereses personales y que ha traído como consecuencia que un movimiento que no tenía razón de ser, como el MRP (Movimiento Revolucionario del Pueblo) exista y tenga cada día más fuerza. Por eso deseo que me contesten, URGENTE, qué creen Uds. [los representantes del MRR en Miami] de separarse del FRD». Viniendo de un hombre que unos meses más tarde fue capaz de dar su vida por sus ideales, estas palabras eran dignas de ser consideradas muy cuidadosamente.

Pero ello no fue menester, porque, aprovechándose de la crisis, los burócratas «liberales» de la recién instalada administración de John F. Kennedy forzaron al comatoso FRD a fusionarse precisamente con el MRP, cuya aureola de «fidelismo sin Fidel» —ideológica y políticamente, un imposible— los atraía irresistiblemente. El liderato de la organización resultante, el Consejo Revolucionario, seguramente agradó a «Francisco». Sin embargo, la politiquería continuó a toda máquina. Yo estaba en Nueva York, en el hotel Lexington, en los días que precedieron inmediatamente al desembarco en Bahía de Cochinos, y pude comprobarlo. El *penthouse* del hotel, donde se reunía el Consejo, recordaba la antesala de Palacio, en La Habana. Según me dijeron, había allí un ministro designado del futuro Gobierno provisional que había ido a Washington para quejarse porque la cartera a la que aspiraba se la habían dado a otro, menos capacitado que él.

SI LA BRIGADA HUBIERA GANADO

Mientras tanto, la Brigada, ajena a estas pequeñeces, navegaba ya hacia su destino. El Consejo estaba tan marginado de la operación militar como lo había estado el FRD, pero algo se sabía. La noche del domingo 16 de abril se me comunicó que no debía salir de mi habitación en el hotel. Y, aunque todavía quedan puntos oscuros y extremos importantes que aclarar, con el tiempo hemos llegado a tener una idea bastante aproximada de lo que ocurrió el día 17 y de por qué ocurrió.

Me parece, sin embargo, que nunca nadie se ha preguntado qué hubiera pasado en Cuba si la Brigada hubiera ganado. El efecto hubiera sido salvífico, desde luego. Nos habríamos librado del seudocomunismo personalista de Castro, ciertamente, un prolongado apagón en la historia de la República. Pero, después del apagón, ¿qué? ¿La luz? ¿Quién o quiénes habrían sido los responsables de guiar la patria nueva hacia su destino? ¿Hacia dónde la habrían conducido?

No se trata de sentarse frente a una bola de cristal, ni de dejarse arrastrar por un raptó de la imaginación. Interrogantes como éstas han sido formuladas, con respecto a otros países y otras situaciones, por escritores, políticos e historiadores de renombre. El conocido escritor inglés Hilaire

Belloc, por ejemplo, no tuvo a menos especular sobre cuál hubiera sido la trayectoria de la Revolución Francesa si el ciudadano Drouet no hubiera reconocido a Luis XVI en Varennes cuando trataba de escaparse de París. Winston Churchill, político realista si los hubo, también exploró una vez qué habría sucedido en Estados Unidos en caso de una hipotética victoria de los confederados en Gettysburgh. Y el historiador alemán Eduard Meyer no vaciló en embarcarse en un estudio similar, que se ha hecho famoso, sobre la probable suerte de Europa si los persas hubieran derrotado a los griegos en Maratón, Salamina y Platea. Si críticos serios han analizado con respeto estos intentos de reconstrucción del pasado, ¿por qué los cubanos no hemos de poder reconstituir el nuestro, basados en una hipótesis enteramente razonable? ¿O es que alguien cree que Castro era invencible?

Sin entrar en detalles, ejercicio peligroso en estos empeños, ni pretender cubrir demasiado espacio histórico, que es tanto o más peligroso, me atrevo a sugerir las siguientes proposiciones: [1] si se hubiera producido un desembarco norteamericano para reforzar la Brigada, los *marines* habrían desalojado la Isla tan pronto como se hubiera restablecido el orden, tal y como lo hicieron los 23.000 soldados que el presidente Lyndon Johnson envió a la República Dominicana en 1965; [2] los políticos y otros personajes de la Cuba precastrista habrían dominado la provisionalidad, que habría sido relativamente corta, como era usual en la tradición política cubana; [3] al igual que los caudillos mambises después de la segunda intervención estadounidense, los líderes de la Brigada, miembros todos de la nueva generación, hubieran ejercido el poder en los años subsiguientes; [4] con ellos habrían gobernado sus contemporáneos de la clandestinidad y sus simpatizantes, que debieron ser numerosísimos, a juzgar por los que fueron temporalmente encerrados en centros de detención, inmediatamente antes o después de la invasión (¿100.000?), y el río humano que, posteriormente, enfiló hacia Miami, y [5] como los nuevos jefes políticos eran todos en mayor o menor grado hombres de pensamiento social avanzado, y en el país había surgido a la caída de Batista un anhelo de rectificación bastante extendido, el período se habría caracterizado por una serie de reformas fundamentales que se hubieran podido llevar a efecto pacíficamente.

Pero la Brigada no pudo llevar a feliz término su labor de cirugía histórica y, como consecuencia, el pueblo cubano lleva ya casi medio siglo sometido a la Revolución del Apagón.

1 Hunt, Howard; *Give Us This Day*; Arlington House, New Rochelle, NY, 1978.